

V.

PEDRO FERNÁNDEZ.

En Septiembre del año 1860 falleció en París la duquesa de Alba, y aunque el mundo no ha sido nunca muy propenso á derramar lágrimas, la muerte de tan ilustre señora fué generalmente sentida. Además del rango en que había nacido, las prendas que la adornaban merecían este homenaje del mundo, y el mundo tributó á su memoria un justo sentimiento.

Es indispensable evocar este triste recuerdo, para que el lector comprenda bien los rasgos de la *Fisonomía* que va á ver en el presente capítulo, porque hace diez y seis años que la bosquejó mi pluma, y ya, ¡quién se acuerda de ella!

Pedro Fernández era á la sazón el cronista de los salones, el eco de sus gracias, de sus encantos, de su gloria; su alegría, su *sprit*; era, como si dijéramos, las niñas de sus ojos. ¡Friolera! el intérprete fiel encargado de esparcir por el mundo el *fac simile* de sus fiestas, de sus faustos, ¡Dios mío!, de su bella vida y de sus exquisitas costumbres. Era, en fin, el vidrio del espejo en que la *buena sociedad* se veía semanalmente retratada en las columnas de los periódicos.

Pero, ya se ve, no puede ser todo alegría sobre la tierra, y la noticia del triste acontecimiento que

acabo de recordar, vino á obscurecer por algunos días el cielo siempre risueño del gran mundo, y aquí de *Pedro Fernández*. Lo fúnebre del caso reclamaba una *Elegía*, y el cronista, elevándose sobre la prosa de la muerte, cantó, si puedo decirlo así, todas las vanas pompas de la vida. Buscó perfumes para sus suspiros en los aparadores de *Fortis*; los anaqueles de las joyerías le proporcionaron perlas para sus lágrimas, y lloró hilo á hilo sobre el cadáver torrentes de blondas de sedas y de encajes. Aquella prendería apareció á mis ojos más pavorosa que el mismo Oficio de difuntos.

El genio de los salones, por un prodigioso esfuerzo de *toilette*, hizo salir de la sepultura, en que todo acaba, las fastuosas vanidades del mundo, en que parece que todo empieza.

¡Qué hondo encontré aquel conjunto de superficialidades! Tan hondo como una sepultura.

Veía cerrarse un sepulcro y abrirse otro: se cerraba el sepulcro en que iban á desaparecer para siempre de la superficie de la tierra los restos mortales de una dama ilustre, y veía al mismo tiempo abrirse en las soledades de una cruel necrología el sepulcro del alma de *Pedro Fernández*.

Entonces cogí la pluma, y tracé los rasgos verdaderos que forman la siguiente *Fisonomía*:

«Hace lo menos una hora que me siento oprimido por el peso de una extraña perplejidad.

No sé si debo entregarme á la risa que siento

TOMO XI.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO NÉYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

retozar en la superficie de mi pensamiento, ó si, por el contrario, debo afligirme con la tristeza que descubro en el fondo de mis ideas.

Para llegar á la difícil situación en que me encuentro, he tenido que atravesar los largos periodos de un artículo necrológico, cortado y cosido con arreglo á las prescripciones del último figurín.

Vacilo sin poderlo remediar entre las voluptuosas sensaciones que se escapan de un tocador entreabierto á mis ojos por la indiscreta mano del peluquero ó de la doncella, y las graves reflexiones que hieren mi espíritu ante la tierra removida de una sepultura que acaba de cerrarse.

Yo no sé si debo reirme de las caprichosas extravagancias de la moda, ó si debo doblar mi cabeza triste y pensativa ante los pliegues fríos de una mortaja.

Porque hay quien ha tenido el exquisito gusto de mezclar y confundir todos los insubstanciales atavíos de una mujer elegante con los restos inanimados de una dama que ha dejado de vivir.

No sé qué determinación tomar, entre la vida y la muerte, entre un baile y un cementerio, entre las lisonjas de la frívola galantería y las notas graves del *De profundis*. Estoy textualmente entre la espada y la pared.

Si me río, voy á profanar la santidad de un cadáver; y si me dejo arrastrar por los impulsos de la tristeza, voy á arrugar la tersa superficie de

un vestido que acaba de salir de las manos de la modista.

Hay cosas que, como las cosquillas, disfrutan del doble privilegio de hacer llorar y reír á un mismo tiempo.

He aquí una idea que participa á la vez de entrambas cualidades.

He aquí un pensamiento triste y serio, que ha de despertar necesariamente la risa en cuantos lo lean.

Vedle aquí:

Ha llegado el caso de que las personas notables por alguna circunstancia, mediten mucho lo que van á hacer antes de decidirse á morir.

Conviene no partir de ligero en un asunto que puede servir de pretexto á la incansable locuacidad de alguna pluma más ó menos cándida.

Detrás de la muerte, por sería que sea, puede estar hasta el ridículo.

Porque la vida que se deja con el último suspiro, parece que es patrimonio del primero que lo necesita para continuar viviendo.

Medítese bien este obscuro y terrible sentimiento.

Después de muertos, hay quien puede servirse de nuestra misma muerte; y el que se decida al fin á abandonar el mundo para siempre, debe ocultarlo en secreto impenetrable, si no quiere ver su vida colgada como un cuadro en una exposición de pinturas.

¡Ah, *Pedro Fernández*! Si yo tuviera la indiscreción de morirme, ¡qué poco había de encontrar tu solícita pluma en las soledades de mi guardarropa!

Para entristecerte de veras ante la idea de mi muerte, debo decirte que yo no tengo tocador.

Y vosotras, brillantes bellezas, que habéis doblado la vida con la mayor frescura por la escondida articulación de los treinta años, hacéis muy bien en seguir viviendo en esa obstinada juventud.

El día que hagáis el último gesto, *Pedro Fernández* perfumará las columnas de algún periódico con la esencia maravillosa de vuestros excelentes cosméticos.

Mojará su pluma afable en un bote de *bandolina*, y el mundo sabrá, por el valor de los aderezos, la riqueza de los vestidos y el gusto de los adornos, la pérdida que tiene que llorar.

Si es que habéis hecho ánimo de morir alguna vez, conservad cuidadosamente vuestras faldas de encaje, vuestras sargas de perlas y vuestras gorras de dormir, para que *Pedro Fernández* pueda legar vuestra memoria á la posteridad.

Las bellas acciones, los sentimientos puros, las virtudes domésticas, ocultadlas en el fondo de vuestros corazones, como se oculta una cana impropia ó una arruga indiscreta. Lo que debéis abrir en el momento triste de cerrar los ojos para siempre, son los dorados cajones de vuestras có-

modas, los ricos vasos de vuestros perfumes y las anchas puertas de vuestras caballerizas.

A vuestra última carretela acudirá el sentimiento de vuestra muerte á buscar el dolor y la tristeza.

Y en rigor, ¿qué cosa es morir? ¿Es más que un viaje al otro mundo?

¿Por qué no se ha de despedir á una dama joven, hermosa y elegante que emprende esta repentina peregrinación, de la misma manera que se la despediría para Wiesbaden, París ó San Petersburgo?

Reflexionemos formalmente sobre este acto indispensable de la vida.

¡Morir! El padre, el esposo, los hijos, los parientes y los amigos rodean con tierna avidez el lecho del moribundo, porque quieren recoger su último suspiro.

Esto es natural.

El afecto de otros se manifiesta de un más exquisito modo.

En vez de recoger el último suspiro del moribundo, recogen sus últimos vestidos y sus últimos adornos.

Esto es también natural.

La madre repasa una á una las bellas prendas del corazón de la hija que acaba de perder.

Esto es cierto.

La modista enumera sus trajes.

Esto es matemático.

Cada uno ve las cosas por el lado que se le presentan.

Esto es inevitable.

Un cadáver no es para todos una misma cosa.

Al revolver las cenizas de una sepultura, no todos encuentran huesos carcomidos: hay quien tropieza con el recuerdo de un alma noble ó con la historia de una virtud humilde, y hay quien no encuentra más que el fausto de la vida, la gloria de los encajes y la inmortalidad de los perfumes.

Este último *ay* es el de Pedro Fernández.

Ignoro yo qué es lo que puede pasar en el corazón y en la inteligencia para que lleguen á confundirse, de la manera que hoy estoy viendo, las fatuidades de la vida con la santa tristeza de la muerte.

¡Cuánto dolor hubiera experimentado la noble señora, cuya muerte todos sentimos, si hubiera podido leer en los momentos de su agonía el artículo necrológico de *Pedro Fernández!*

La inocencia tiene á veces horribles crueldades.

Se necesita un esfuerzo supremo para hacer de una necrología un artículo de modas.

No sé qué género de literatura ó qué clase de sentimientos hacen escribir un artículo necrológico, en el cual sólo la tinta está de luto.

Jóvenes humildes, á quienes la naturaleza no ha hecho hermosas, ni la fortuna ricas, no envidiéis ni la riqueza ni la hermosura, porque la que ha nacido bella y opulenta tiene detrás de sí en estos tiempos una desgracia implacable, que no la perdona ni aun después de muerta.

Esta desgracia se llama *Pedro Fernández*.

Concluyamos.

¿Sabéis lo que es la sepultura de una mujer joven, hermosa y elegante?

Es un pedazo de tierra, sobre el cual viene la religión y pone una cruz.

Viene el cariño, y deposita una lágrima.

Viene el respeto, y escribe:

«Aquí yacen los restos mortales de doña Fulana de Tal.»

Viene *Pedro Fernández*, y lo cubre con un *miriñaque*.

Un artículo necrológico escrito con la pluma de un sombrero, es una novedad que *Pedro Fernández* tenía guardada en el último rincón de su literatura.

También la muerte tiene su antesala.»

